

to exterior pueda turbar las deliberaciones de la augusta asamblea, todas las tropas pontificias se hallan sobre las armas, convenientemente repartidas por los diferentes barrios de la ciudad. Por orden del Cardenal vicario, mientras dura el conclave todo el clero secular y regular va cada dia procesionalmente al Vaticano, cantando las Letanias y preces. Entonan en aquel templo el *Veni Creator*, y uno de los capellanes pontificios celebra misa del Espíritu Santo.

Los cardenales se reúnen en la iglesia de San Silvestre, desde donde salen para dirigirse al Quirinal atravesando la plaza que está llena de tropa. Al anochecer el Cardenal decano manda tocar la campana del conclave, y se retiran todas las personas que no forman parte de él, ó que carecen de título para permanecer en el palacio. Este es el momento en que queda instalado el conclave. El Cardenal camarlengo, acompañado de los tres cardenales de los respectivos órdenes, visitan escrupulosamente todas las piezas del conclave hasta los últimos rincones para convencerse de que no existen dentro mas que las personas autorizadas para ello, que son, á mas de los cardenales, los conclavistas de los mismos, el sacristan y subsacristan del sacro Palacio, los maestros de ceremonias, el secretario del sacro Colegio, que lo es tambien del conclave, el confesor, dos médicos, un cirujano, un farmacéutico, cuatro barberos, treinta y cinco familiares, un albañil y un carpintero. Reconocidas que son todas las puertas, el maestro de ceremonias levanta auto en presencia de testigos. Á los tornos pueden presentarse para recibir audiencia los embajadores, el gobernador y el conservador de Roma. Si algun individuo del cuerpo diplomático tiene que comunicar alguna nota de su Gobierno, puede leerla á los cardenales que al efecto comisiona el Conclave, retirándose inmediatamente.

Cada dia los maestros de ceremonias advierten dos veces á los cardenales la hora de acudir á la capilla, pronunciando en alta voz estas palabras de Sixto IV: *Ad capellam Domini*. Delante del altar se halla colocada una mesa, sobre la que se ve una tabla en la que está escrita en grandes caracteres la fórmula del juramento que debe prestar cada cardenal separadamente en el acto de emitir su voto. Sobre esta misma mesa se colocan tambien dos cálices, dos bandejas y todo lo demás que es necesario para la operacion del escrutinio. Al frente están las sillas de los escrutadores. Los cardenales tienen delante otras mesas pequeñas con recado de escribir, para llenar las cédulas con sus votos.

Pasando en silencio, para no hacer demasiado difusa esta explicacion, otras varias particularidades, dirémos que generalmente la eleccion se hace por escrutinio, y en verdad que no creemos pueda haber nada mas formal que este modo de eleccion segun el reglamento de Gregorio XV.

Cada uno de los electores está provisto de cédulas impresas, cuya extension es de ocho pulgadas de longitud sobre cuatro de latitud, divididas en diferentes casillas desiguales, cada una de las cuales tiene su destino particular. En la primera casilla ó espacio el cardenal elector escribe su nombre: *Ego N. Cardinalis N.*, cuya inscripcion dobla y envuelve en el segundo espacio. En el tercero hay dos cuadrados que ocupan las extremidades, y en ellos pone dos sellos de cera. En el cuarto espacio escribe su voto, designando el nombre del sujeto á quien quiere elegir: *Eligo in Summum Pontificem reverendissimum dominum meum D. Cardinalem N.* El quinto espacio recibe los mismos sellos que el tercero, y el sexto sirve para la inscripcion de un lema

ó de un texto de la Biblia, ó de algun santo Padre. Aquí se dobla por la primera vez hácia bajo, quedando en blanco el último espacio.

Para el escrutinio se nombran tres escrutadores, á los que, cuando es necesario, se añade un número igual de enfermeros, que quedan encargados de ir á recoger el voto de los cardenales que hayan quedado enfermos en sus celdas. Los escrutadores son escogidos por suerte. Si hay enfermos, los escrutadores toman de la mesa del escrutinio una cajita destinada á recibir las cédulas de los mismos, las que se introducen por una abertura practicada sobre la tapa. Los escrutadores abren la cajita, muestran su interior para que todos vean que nada se contiene en ella, la cierran en seguida con llave y la entregan á los cardenales enfermeros. Concluida esta operacion si hay necesidad de hacerla, todos los cardenales presentes, uno á uno empezando por el decano, se dirigen á la mesa del escrutinio, toman una cédula de la bandeja, se dirigen á una de las mesas colocadas al rededor de la capilla, las escriben y la sellan. Luego que todos tienen llenas sus cédulas y dobladas, cada cardenal empezando por el decano toma la suya con dos dedos solamente, la levanta de modo que puedan verla todos los asistentes, se dirige hácia el altar, se arrodilla, hace una breve oracion, y poniéndose en pié pronuncia en alta voz el juramento escrito en la tablilla de que hemos hecho mencion (1), pone luego la cédula sobre la patena del cáliz y vuelve á su lugar. Abierta la cajita de los enfermos, si los hay, por los escrutadores, se comprueban las cédulas y se ponen á una en el cáliz.

Luego que todos los votos están extendidos y colocadas las cédulas en el cáliz, el primer cardenal escrutador las revuelve varias veces teniendo el cáliz abierto con la patena, y en seguida las saca una despues de otra, contándolas para colocarlas en otro cáliz. Si el número de cédulas no fuese exactamente igual al de los cardenales, se queman todas inmediatamente sin necesidad de otra formalidad, y se da por terminado el acto, volviendo cada uno á su celda hasta ser llamados nuevamente *ad capellam*. Mas si están exactas, se procede inmediatamente al escrutinio. El primer escrutador saca del cáliz una cédula, la abre por medio en la parte en que está escrito el nombre del electo, la lee en voz baja, pasa la cédula al segundo escrutador que practica lo mismo, y este la entrega al tercero que es quien la publica. Cada uno de los cardenales, teniendo delante una lista con los nombres de todos los individuos del sacro Colegio, señala el voto publicado. Luego que se han abierto y publicado todas las cédulas por los escrutadores y anotados los votos por los cardenales, cada uno de ellos cuenta el número de votos obtenido por cada candidato, y lo escribe aparte en otro papel en esta forma: *Reverendissimus cardinalis N. N. habuit suffragia... Reverendissimus cardinalis N. N. habuit suffragia... etc.* Así que el cardenal escrutador va leyendo las cédulas las pasa con una aguja con hebra de seda por la parte en que está escrita la palabra *eligo*, y amarrando luego las dos puntas de la seda las coloca en otro cáliz que está sobre la mesa del escrutinio. Si hecha la publicacion y recuento de las cédulas resultasen en favor de una misma persona las dos terceras partes del número de los cardenales presentes al conclave, la eleccion se da por canónicamente concluida, é inmediatamente es declarado Papa el cardenal que ha reunido aquel número de votos. Empero si ninguno de los

(1) Hé aquí la fórmula del juramento: *Testor dominum, qui me iudicaturus est, me eligere quem secundum Deum iudico eligi debere, et quod idem in accessu preestabo.*

candidatos ha reunido dicho número, las cédulas son entregadas á las llamas, y entonces se procede al *acceso*, que es otra especie de escrutinio con la sola diferencia que la palabra *eligo* se sustituye por la de *accedo*. En el *accedo* el elector no puede escribir el nombre que ha votado la primera vez, ni otro que en el primer escrutinio no haya obtenido á lo menos un voto, de suerte que en el *acceso* la votacion ha de rodar necesariamente entre los cardenales que aparecieron como candidatos en el primer escrutinio. Si tampoco resulta eleccion canónica, todo lo hecho se considera como no existente, y se vuelve á empezar de nuevo. Cuando en un escrutinio ó acceso un cardenal ha reunido las dos terceras partes de los votos, la eleccion queda canónicamente terminada, y falta tan solo llenar una formalidad. Se eligen por suerte tres cardenales diáconos, los que con el nombre de *recognitores* ó revisadores proceden á comprobar por última vez la regularidad y el valor de las operaciones practicadas, examinando si todas las cédulas se han confrontado y leído con exactitud, si se ha incurrido en algun error ó infidelidad en la publicacion de los votos, y hallándolo todo en regla, la eleccion se tiene por subsistente, y se queman todas las cédulas.

Á partir desde este momento, se acaba la obligacion del silencio, cesan las amenazas de excomunion, y el último de los cardenales diáconos toca una campanilla, y abriéndose las puertas del conclave, entran los maestros de ceremonia y el secretario del sacro Colegio, cerrándose nuevamente la capilla. El Cardenal decano y el camarlengo, acompañados de otro maestro de ceremonias y de varios testigos, se adelantan hacia el cardenal elegido y le preguntan si consiente en su eleccion por estas palabras: *Acceptasne electionem de te canonice factam in Summum Pontificem?* Respondiendo afirmativamente, le ruegan declare el nombre que quiere imponerse, y sabido el que ha elegido, se levanta auto con expresion de todas las circunstancias por el primer maestro de ceremonias.

Estos son los momentos mas solemnes. Hasta entonces todos los reunidos en la capilla eran iguales en jerarquía; pero ya hay uno que se eleva sobre todos los demás, uno ante cuya presencia doblarán la rodilla hasta los mismos reyes y emperadores: nadie hay sobre la tierra que le iguale, porque es en ella el representante de Dios. El elegido es acompañado al altar por los dos primeros cardenales diáconos, y de allí luego que arrodillado ha hecho una breve oracion, pasa detrás del altar donde es despojado de su traje de cardenal para revestirse de los ornamentos pontificios ya preparados desde la abertura del conclave (1). Consisten estos hábitos ú ornamentos en medias blancas, zapatos de terciopelo encarnado con una cruz bordada en su empeine, sotana blanca guarnecida de oro, cingulo con orlas tambien de oro, roquete, muceta, birrete, camauro y estola. Así revestido el nuevo Papa vuelve al altar y da su primera bendicion al sacro Colegio. Siéntase inmediatamente sobre la silla gestatoria, y recibe el besamanos y los abrazos de todos los cardenales segun el orden de su antigüedad. El camarlengo le coloca en el dedo el Anillo del Pescador, y el Pontífice lo entrega inmediatamente al maestro de ceremonias para hacer grabar en él el nuevo nombre que ha tomado.

(1) Al empezar el conclave se tienen preparadas tres vestiduras nuevas pontificales, acomodadas respectivamente á estaturas alta, baja y mediana, para evitar toda dificultad ni dilacion en revestir al nuevo Papa.

A todo esto sigue el anunciar al pueblo la buena nueva. El primer cardenal diácono precedido de su maestro de ceremonias, que lleva la cruz papal, sale al gran balcon que cae sobre la puerta principal del palacio, cuyas tapias, que mientras el conclave le cerraban, acaban de demolerse, y allí publica en alta voz la eleccion del nuevo Pontífice pronunciando estas palabras: *Annuntio vobis gaudium magnum. PAPAM HABEMUS eminentissimum ac reverendissimum dominum N. N. qui sibi imposuit nomen N.* En el instante resuena el cañon del castillo de San Angelo y todas las campanas de la ciudad que anuncian la gratísima noticia. El pueblo reunido en la plaza del Quirinal espera lleno de regocijo á su nuevo Padre y Soberano que salga al balcon para dispensarles su bendicion apostólica, que la multitud recibe con el mayor recogimiento y respeto.

El mismo dia de la eleccion el nuevo Pontífice revestido con capa y mitra recibe la segunda adoracion de los cardenales, que le besan el pié y la mano, abrazándole dos veces cada uno.

No hablamos aquí de la coronacion y de otras particularidades, porque habrémos de ocuparnos de ellas al hablar de la eleccion de Pio IX.

Continuemos ahora nuestra interrumpida narracion acerca del conclave celebrado á la muerte de Gregorio XVI.

En tanto que tenian lugar los funerales de aquel Pontífice y que los cardenales presentes en la ciudad tenian las congregaciones de que hemos hablado, iban llegando á Roma sucesivamente varios de los cardenales que tenian su residencia fuera de la Ciudad eterna.

El dia 14 se abrió el conclave. Por la mañana fuéron los cardenales presentes á la basílica del Vaticano, donde, con asistencia del sacro Colegio, prelados y demás personajes de costumbre, pontificó el cardenal Macchi, subdecano, la solemne misa de *Spiritu Sancto*, y en seguida el Ilmo. Sr. Lucas Pacifici, canónigo de la basílica Liberiana y secretario de cartas latinas, pronunció un bellissimo y elocuente discurso sobre la importancia del acto que debia efectuar el sacro Colegio de eminentísimos purpurados.

Á las cinco y media de la tarde se reunieron nuevamente los cardenales en la iglesia de San Silvestre de los Padres de la Mision junto al Quirinal. Siguiendo las costumbres establecidas, de las que ya hemos dado cuenta, un maestro de ceremonias levantó la cruz papal y se dirigió al altar entre dos ostiarios de los llamados *de virga rubea*, y en seguida los capellanes cantores de la capilla pontificia entonaron el *Veni Creator Spiritus*, y cantada la primera estrofa, los cardenales salieron procesionalmente de la iglesia, y atravesando la plaza del Quirinal por entre cordones de tropa de línea, entraron en el palacio pontificio, donde todo estaba ya arreglado para la celebracion del conclave. Un destacamento de dragones abria la marcha, y á pocos pasos una bandera de la guardia noble. Seguian luego los capellanes cantores pontificios y el maestro de ceremonias con la cruz vuelta hácia dentro, y detrás en medio de guardias nobles y de los suizos los cardenales con sus conclavistas en el orden siguiente:

DEL ÓRDEN DE LOS OBISPOS.

Vicente Macchi.
Luis Lambruschini.
Pedro Ostini.

Castruccio Castracane degli Antelmellini.
Mario Mattei.

DEL ÓRDEN DE LOS PRESBITEROS.

| | |
|----------------------------------|---------------------------------|
| Cárlas Oppizzoni. | Gabriel Ferretti. |
| Santiago Felipe Fransoni. | Cárlas Acton. |
| Benito Barberini. | Fernando María Pignatelli. |
| Francisco Serra-Cassano. | Juan María Mastai Ferretti. |
| Hugo Pedro Spinola. | Gaspar Bernardo Pianetti. |
| Santiago Luis Brignole. | Luis Vanicelli Cassoni. |
| Constantino Patrizi. | Luis Altieri. |
| Ambrosio Bianchi. | Cosme Corsi. |
| Gabriel della Genga Sermattei. | Antonio María Cadolini. |
| Luis Amat de San Felipe y Sorso. | Fabió María Asquini. |
| Angel Mai. | Anton María Casiano de Azevedo. |
| Juan Soglia. | Nicolás Clarelli Paracciani. |
| Clarísimo Falconieri Mellini. | Domingo Caraffa di Traetto. |
| Anton Francisco Orioli. | Lorenzo Simonetti. |
| Antonio Tosti. | Santiago Piccolomini. |
| José Mezzofanti. | Sixto Riario Sforza. |
| Felipe de Angelis. | |

DEL ÓRDEN DE LOS DIÁCONOS.

| | |
|----------------------|--------------------------|
| Tomás Riario Sforza. | José Ugolini. |
| Luis Gazzoli. | Francisco Javier Maximo. |
| Adriano Fieschi. | Juan Serafini. |
| Luis Giacchi. | |

Detrás de los cardenales iban muchos prelados formando la comitiva. Los cardenales Micara, del orden de los obispos, decano; Alberghini, Polidori y Gizzi, del orden de los presbíteros, y Bernetti, del de los diáconos, no fueron en la procesion por el delicado estado de su salud, pero se hallaban anticipadamente en el palacio del conclave. Un inmenso pueblo en religioso silencio veia pasar á los eminentísimos purpurados, uno de los cuales seria muy pronto su padre y su rey. ¿Quién de ellos será elevado á la suprema dignidad? Solo Dios podia saberlo; pero no dejaban de hacerse cálculos. Unos fijaban la vista en el cardenal Lambruschini, cuya eleccion hubiese sido muy grata á todas las personas de orden, pues que en el desempeño de sus funciones como ministro de Estado del último Papa habia demostrado grandes dotes de mando y notable energía para sostener los derechos de la Santa Sede. Otros pensaban en el cardenal Gizzi, que con sus otros compañeros enfermos esperaba á las puertas del Quirinal la llegada de la augusta procesion, el cual habia adquirido alguna nombradía y muy alta reputacion en Bélgica y Lucerna, donde habia desempeñado las funciones de nuncio. Esta eleccion era deseada por el partido avanzado, porque decian que siendo legado en Forli habia dejado pasar con notable singularidad algunos desórdenes que hubiera podido sofocar al punto. Justa ó injusta la nota de liberalismo con que señalaban al cardenal Gizzi, ello es que, cuando reunido el conclave corrió por Roma la voz de que salia nombrado Papa, la noticia fue recibida con los mas vivos aplausos por todos aquellos que clamaban por reformas en el orden político. Finalmente, otros fijaban la vista en la figura venerable y simpática del cardenal

Mastai Ferretti, y eran los que le conocian de algun tiempo atrás, los que, como antes hemos dicho, presagiaban que habia de ser Papa, conocedores como eran de sus relevantes virtudes y profunda sabiduría.

Habia otra circunstancia para que la atencion de muchas personas se fijase en el cardenal Mastai Ferretti. La noticia de un hecho acaecido durante su tránsito de Imola á Roma se habia extendido por la ciudad. Muchos escritores dignos de fe refieren dicho acontecimiento del modo que lo vamos á exponer.

El cardenal Mastai se dirigia á Roma para tomar parte en el conclave. Sabido es que en las poblaciones pequeñas de Italia llama siempre la atencion un coche de posta, y que todo el que lo ve hace sus conjeturas sobre el rico viajero que lo ocupa, deseando todos verle. Puede juzgarse por lo tanto la impresion que causará el carruaje de un cardenal que se dirige á Roma y que puede ser electo Sumo Pontífice en los momentos en que no se habla de otra cosa que del interregno y del futuro conclave.

Esto mismo sucede en poblaciones de alguna importancia. En Fosombrone, villa de los Estados de la Iglesia, y que tiene de poblacion unos cuatro mil habitantes, los postillones hicieron alto para relevar el tiro á cosa del mediodía. El Cardenal se vió en un momento rodeado de una curiosa multitud de personas. Esto no era sino la repeticion de una escena á la que ya estaba acostumbrado Su Eminencia, y con su bondad característica respondió al gran número de preguntas que le dirigieron.

De pronto la escena tomó un nuevo carácter. Una paloma blanca atravesando los aires vino á posarse sobre el coche del Cardenal. Á vista de esto los asistentes empezaron á batir palmas y á gritar en el colmo de su entusiasmo: ¡Viva! ¡viva! Y todos repetian: ¡Este será Papa! (1).

Tratóse de espantar á la tímida paloma, pero ella permaneció inmóvil. Un niño la tocó suavemente con un junco, y entonces, cediendo á la violencia, tomó el vuelo y se elevó algunos metros; pero apenas se puso en movimiento el carruaje descendió nuevamente, descansando en el mismo lugar que antes habia ocupado. Con este motivo no tuvo límites el entusiasmo del pueblo que repetía á voz en grito: ¡Viva! ¡viva! ¡Será Papa!

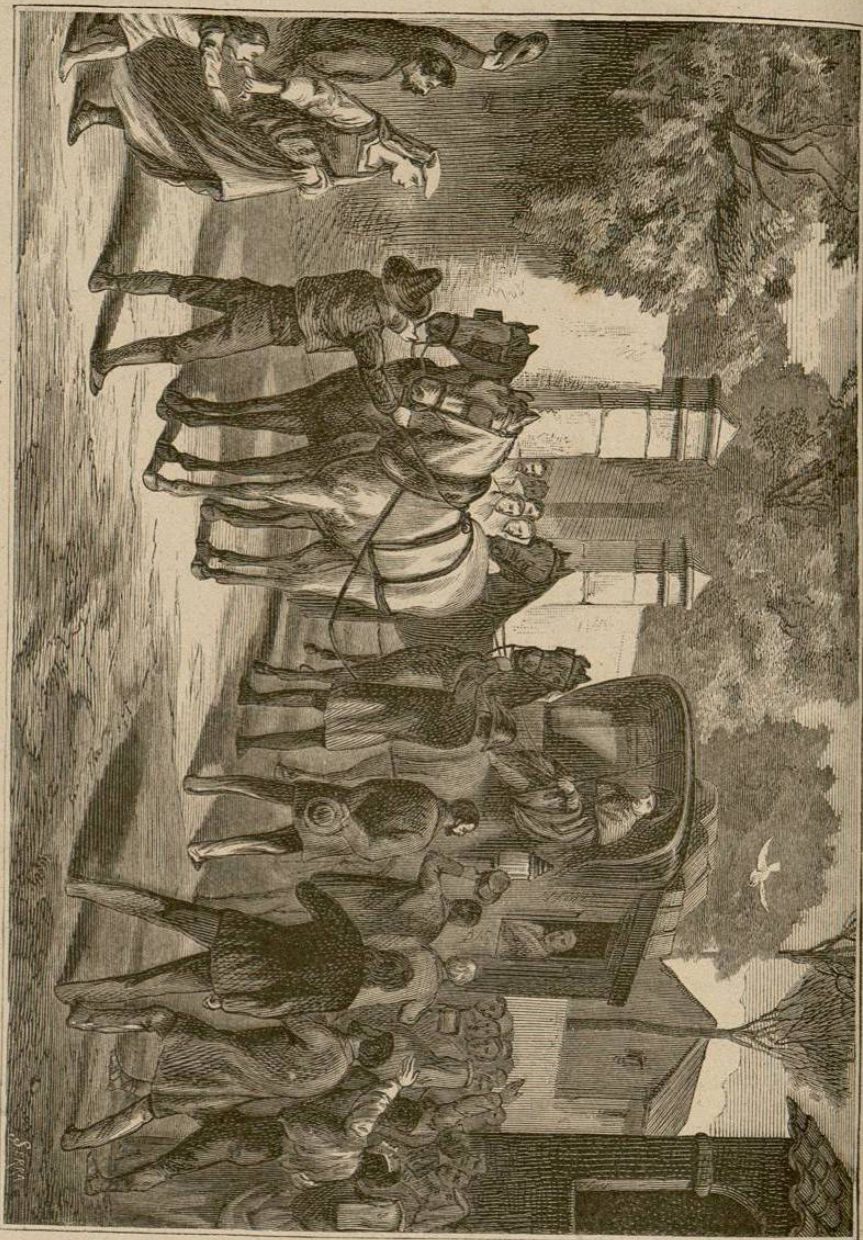
El carruaje partió; pero ni las voces de los postillones, ni el ruido de las ruedas, ni el chasquido de los látigos fueron suficientes para que la paloma abandonase el techo del carruaje; cuando el Cardenal entraba por las puertas de Roma, entonces tomó el vuelo, y fué á posarse sobre las puertas de la cárcel, lo que fue mirado despues como un anuncio de la generosa amnistia que el Cardenal habia de conceder despues de su elevacion al trono pontificio.

Muchas de las personas que fueron testigos del hecho que acabamos de referir lo refirieron en Roma, y de aquí nació el pensar muchos, como antes hemos dicho, de que el cardenal Mastai seria Papa. Algunos dias despues las esperanzas se convirtieron en realidad.

(1) La historia de la Iglesia hace mencion de algunas elecciones pontificales hechas por la aparicion de alguna paloma. Eusebio refiere la eleccion del papa san Fabian, que sucedió á san Antero, y fue elevado á tan suprema dignidad en 236, muriendo mártir en 250, de la manera siguiente:

Fabian fue llamado al soberano pontificado por una inspiracion del cielo. Cuando se deliberaba sobre la persona que debía ser elegida, descendió una paloma y se colocó sobre la cabeza de Fabian, en el que ninguno habia pensado. Llenos de admiracion á vista de este espectáculo, todos los asistentes creyeron que el cielo le designaba, y le sentaron en el trono de los Pontífices.

UNA PALOMA SE POSA SOBRE EL COCHE DEL CARDENAL MASTAI AL DIRIGIRSE AL CONCLAVE.



La entrada del Cardenal en el conclave fue con la mayor modestia, como su llegada á Roma. Sin embargo, se hallaba rodeado de una especie de auréola formada por la fama de sus virtudes. Amado del pueblo, que no habia olvidado los primeros años de su ministerio, y que sabia lo extraordinariamente querido que era tambien en Imola, era no obstante desconocido casi por completo en los salones de la aristocracia romana y aun en las mismas chancillerías. Muchos de los miembros del sacro Colegio, que eran sabedores de la reputacion popular que gozaba, apenas le conocian personalmente, y á pesar de esto dos dias despues le concedieron sus sufragios para elevarle á la cátedra apostólica.

Las personas que no tenian mas miras que el bien de la Iglesia, los fervientes católicos, acudian á los templos y unian sus oraciones con las de los ministros del Señor, á fin de suplicar que el Espíritu Santo iluminase á los eminentísimos electores para que hiciesen recaer la eleccion en un varon lleno de virtudes y adornado de tanta fortaleza cual se necesitaba en las circunstancias que se atravesaban para sostener las batallas del Señor contra los enemigos de la verdad católica.

En aquellos momentos solemnes, cuando la Iglesia se preparaba para despojarse de la negra vestidura de la viudez, dándose un nuevo Jefe que la rigiese y gobernase, las sociedades secretas, que habian celebrado como un acontecimiento de feliz presagio para ellas la muerte de Gregorio XVI, que tanta energía habia manifestado para combatir á los perturbadores de oficio, se agitaban en sus tenebrosas reuniones, y fraguaban nuevos planes que por uno ú otro camino llevarian á vias de realizacion, ora fuese elevado al solio pontificio el cardenal Lambruschini, al que odiaban por haber sido ministro y consejero del Papa difunto, ora fuese el cardenal Gizzi, por el que sentian menor repugnancia, ó ya cualquiera otro individuo del sacro Colegio, porque los mazzinianos no era la personalidad lo que combatian, sino que era la institucion lo que formaba el objeto de sus iras.

Es indudable que los enemigos del Pontificado se han cubierto siempre con una máscara que, á pesar de ellos, ha caido ya de sus rostros, lo que ha hecho que sean en todas partes conocidos. Fingen dirigir sus tiros al cetro temporal y á la frágil corona de príncipe, siendo así que lo que desean ver desaparecer es la autoridad espiritual, la doctrina, la enseñanza divina, que emana de la cátedra de Pedro, y que es un verdadero estorbo para sus satánicos planes. Ya hemos indicado en el prólogo de esta obra cuáles son sus intenciones y cuáles sus sofisticos argumentos, por lo que no insistirémos ahora en esta materia. Pronto veremos de qué modo las arpias tomaron parte en las fiestas de Roma, y de qué modo los que eran lobos rapaces supieron presentarse revestidos con pieles de ovejas, ganosos de hacerse presa del mas inocente cordero.

Abandonemos por ahora á unos hombres de los que por desgracia habrémos de ocuparnos detenidamente en el curso de nuestra obra, y fijemos de nuevo la atencion en el conclave.

Luego que la procesion de que antes hemos hablado llegó á la capilla Paulina, se concluyó el *Veni Creator*, con las oraciones del ceremonial. Pronuncióse el *extra omnes* (fuera todos los que no tienen derecho á permanecer en este lugar), y el cardenal subdiácono dirigió á sus colegas un breve discurso exhortándoles á la pronta y desapasionada eleccion de Pontífice.

En seguida se leyeron las bulas pontificias relativas á las elecciones, á cuya lectura siguió el juramento de su observancia, que prestaron los eminentísimos cardenales y sucesivamente despues de ellos las personas siguientes:

El Ilmo. Sr. Pallavicino, prefecto de los sacros palacios apostólicos y gobernador del conclave.

El príncipe Agustin Chigi, mariscal perpétuo y custodio de la Asamblea.

Los Ilmos. Sres.: Roberti, auditor general de la R. C. A.

Antonelli, tesorero general.

Los patriarcas, arzobispos y obispos asistentes.

Los protonotarios apostólicos.

Los auditores de la sagrada Rota.

El reverendísimo maestro del sacro Palacio.

Los clérigos de cámara.

Los votantes *di Signatura* y los demás á quienes estaba confiada la guardia y custodia de los tornos.

Terminado el juramento los cardenales ocuparon sus respectivas celdas, entrando en seguida el cuerpo diplomático á felicitarlos, como asimismo los prelados, la nobleza romana y otros personajes de distincion.

Á las diez y media de la noche sonó por última vez la campana del conclave, se repitió la voz *extra omnes*, y habiendo salido todos los visitantes, los cardenales jefes de orden Micara, Opizzoni y T. Riario-Sforza, procedieron á la completa y formal clausura del conclave.

Á la mañana siguiente tuvo lugar el primer escrutinio. Los cardenales reunidos eran cincuenta, á saber, los cuarenta y cinco que iban en la procesion segun la lista que hemos dado, y los cinco que ya estaban en el palacio por el delicado estado de su salud. Resulta, pues, que se hallaban en el conclave todos los cardenales del orden de los obispos y del de los diáconos, faltando únicamente, del orden de los presbíteros, los cardenales Gaysruk (Austria); Cienfuegos (España); Monico (Austria); Tadini (Cerdeña); Sterckx (Bélgica); de la Tour d'Auvergne (Francia); de Bonald (Francia); Schwarzenberg (Austria); Villadicani (Sicilia); Cadolini (Estados pontificios); de Carvalho (Portugal), y Bernet (Francia). Total doce, que con los cincuenta asistentes componian el número de sesenta y dos que formaban el sacro Colegio. Todos los ausentes, excepto el cardenal Ignacio Juan Cadolini, arzobispo de Ferrara en los Estados pontificios, eran, como se ha visto, extranjeros, y no tuvieron tiempo de llegar al conclave.

En el primer escrutinio que se tuvo, como hemos dicho, el dia 15, con su correspondiente *accésit*, obtuvo quince votos el cardenal Lambruschini y trece el cardenal Mastai Ferretti: los veinte y dos votos restantes se distribuyeron entre varios. No hubo, pues, eleccion canónica. En la tarde del mismo dia hubo otro escrutinio y *accésit*, perdiendo votos el cardenal Lambruschini y ganándolos Mastai Ferretti, pues este tuvo diez y siete y aquel trece. Tampoco hubo eleccion canónica por no haber obtenido ninguno las dos terceras partes de votos. El martes 16 por la mañana, se procedió al tercer escrutinio, resultando once votos á favor de Lambruschini y veinte y siete á favor de Mastai: los doce restantes fueron perdidos. En la tarde del mismo dia se procedió al cuarto escrutinio.

Dejemos á la pluma de Artaud de Montor referir este último escrutinio, que dió á la Iglesia uno de sus mas grandes Pontífices.